

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Año 19 - N° 284 - 01 de enero de 2025

Epifanía: Manifestación de Dios

Los magos que vienen de lejos para ver al niño, al Rey recién nacido, subrayan el hecho de que Dios ha aparecido para todo el mundo. Ahora se muestra al mundo en tres representantes, apareciéndose a los tres reyes. El evangelio constata que antes que nadie son los paganos los que se interesan por el nacimiento del Mesías y vienen a su encuentro.

Por el contrario, los que por su profesión deberían estar al corriente de este nacimiento – los escribas y sacerdotes – saben dónde debe nacer el Mesías. Su ciencia es clara y determinante, pero no tienen fe y no se molestan en ir a ver al Niño. Herodes sí habla de ir, pero ya sabemos con qué intención.

Los judíos, que conocían las profecías por medio de su estudio, no han reconocido al Mesías. Esta falta de fe les desposee de todos sus derechos. Por el contrario, las naciones que no sabían nada de las profecías entran de lleno en la fe.

Muy pequeños signos llaman a los tres reyes: el deseo de los pueblos por el Salvador. Una estrella que ellos interpretan como algo significativo en este contexto. En estos pequeños signos creen entender la llamada de Dios. Y tienen la audacia de confiarse en la guía de la estrella, en la conducción de Dios.

También nosotros tenemos nuevamente que decidirnos. Hoy en día estamos ante la alternativa de rechazar a Jesús como los judíos o confiar y creer en Él como los tres reyes.

Porque Dios está cerca de cada uno de nosotros en una Epifanía permanente: Él se nos manifiesta y revela cada día en el sitio en que estamos, por medio: de los acontecimientos y exigencias de la vida; de los ejemplos y palabras de los hermanos; de las intuiciones e inspiraciones del propio corazón.

¿Y nosotros? ¿Sabemos ver a Dios en nuestra vida de cada día?

La liturgia es una epifanía de Dios a cada uno de nosotros, cuando asistimos a ella con el corazón abierto: “Bienaventurados los puros de corazón: ellos verán a Dios” (Mt 5,8), nos dice el Señor. Poder ver a Dios, depende de nuestra actitud interior: **de nuestra apertura, disponibilidad, pureza de corazón.**

Ya en tiempos de Jesús, cuando Él hablaba, eran posibles dos actitudes, que hasta hoy se mantienen:

Los de corazones duros asistían a la predicación del Señor como espectadores indiferentes, cerrados, reticentes. Y al terminar Jesús de hablar, se habían quedado con nada, quizás sólo con algunas objeciones y críticas. Tal vez, tampoco nosotros sacamos mucho de la lectura del evangelio o de la homilía que lo explica. Y sin embargo, allí hubo una Epifanía de Dios: “Quien a vosotros escucha, a mí me escucha” (Lc 10, 16), afirma el Señor a sus discípulos.

Los otros, **los de corazones puros**, se dejan instruir, formar, transformar por las palabras de Jesús. Les revelaba quién era Dios y quienes eran ellos; cómo los trataba Dios y cómo lo trataban ellos. Los que eran de Dios, escuchaban entusiasmados la palabra de Dios y trataban de realizarla en su vida de cada día.

Queridos hermanos, cada Eucaristía es una Epifanía de Dios. Jesús se nos revela mediante su **palabra**, mediante su **cuerpo y sangre**, mediante esta **comunidad** que está reunida, en su nombre.

Pero no es Epifanía para los que asisten pasivamente a ella, sino sólo para los que de corazón puro y abierto, sólo para los que se comprometen con Dios y con los hermanos.

Nuestra comunidad, es y debe ser una Epifanía de Dios. Por medio de nuestra alegría, el amor y respeto mutuos, el espíritu de unidad y solidaridad Dios quiere manifestarse al mundo que nos rodea. Dios y la Sma. Virgen quieren prolongarse en nosotros, hacernos presentes mediante nuestro testimonio.